

QUINCEAÑERA

CINDY VALENZUELA

El sábado

Es tan difícil salir de la cama por las mañanas, más aún si es un sábado, pues la música mexicana comienza al amanecer y no se detendrá hasta que la limpieza acabe por completo. Ahh! por supuesto que puedo escuchar el bailoteo de la escoba de mi madre, a solo metros de distancia.

Me levanto con el deseo de quedarme en la cama tan solo unos cinco minutos más. Quizás algún día me acostumbre, pero lo dudo. El día apenas empieza y ya hay olor a Fabuloso y es mi turno de lavar los trastes, anoche no lo hice porque estaba demasiado enfrascada en mis pensamientos. Salgo de la recámara, y me encuentro con Cecilia.

¿Y tú qué? - me dice
Buenos días a ti también, greñuda.

Mi hermana y yo nos miramos y corremos para llegar al baño, pues solo hay uno en la casa. Sus ojos me miran rabiosos, la tensión empieza a crecer. Peleamos por el baño, hasta la muerte. Cecilia me gana, así como yo le había ganado el sábado pasado, pero eso ahora no importa, ya que tengo que esperar a que ella salga del baño. Para mí que es solo una excusa para no limpiar.

Voy a la cocina, mi mamá está pelando papas para el desayuno.

Marieth, ¿ya lavaste los trastes? - me pregunta.

No ma, pero estoy en eso, pero Ceci...

¿Yo qué?, mami, yo termino de hacer el desayuno si quieres.

No, Cecilia José, ponte a lavar la ropa, dale comida y agua a los perritos y agarra unos huevos de las gallinas de afuera.

Cecilia sale con chanclas, cada una de un color diferente, sin preocupación alguna.

Por fin acabo mis quehaceres y la comida está esperándome en la mesa. Me siento, y mientras Cecilia da gracias por los alimentos, mis tripas gritan. Tarda tantísimo en darle gracias a Dios, por

la comida, la vida, la familia, que parece que nunca acabará su relato eterno. A veces siento que lo hace para molestarme, aunque no tengo evidencia suficiente para acusarla.

El huevo con papas y chorizo estuvo delicioso, y lo mejor de todo es que nadie usó los cubiertos que había lavado en la mañana. ¡Por una vez no hay trastes para lavar!. Además, comimos las tortillas de harina que preparó mi mami con sus dulces manos, usando los cubiertos desechables que compramos en oferta. Comenzamos a hablar sobre los preparativos de mis quince, es hora de ponernos las pilas pues la fiesta es la semana siguiente y siento que eso estresa a mi madre.

Siempre soñé usar un vestido rosa, que sea tan ancho que casi no pueda entrar por una puerta, y de hecho lo tengo guardado en una caja, esperando el día. Todos mis deseos para esta fiesta han sido básicamente simples, nada del otro mundo, aunque Cecilia piensa todo lo contrario. En pocas palabras ella describe como "simple" a un salón para 200 personas, una banda y DJ, ¡ajá!, "simple", una ceremonia en la iglesia antes de la fiesta, y "simple" un chambelán y una taquera haciendo la comida.

Lo único que no tengo es a mi papá, no me duele. Eso es lo que siempre respondo cuando mil veces al día tanta gente me lo pregunta, pensando que es una cuestión adecuada en este momento; además, es lo que le digo a mi mamá para no preocuparla. Aunque la verdad es que sí me lastima, y todavía no puedo comprender su abandono y sus llegadas sorpresa que odio. Pero no pienso en eso, lo ignoro, y lo guardo en lo más profundo de mi mente.

¡Apúrale Marieth! ya nos vamos a las Yardas- me grita Cecilia.

Me pongo los crocs rosas, que detesta mi mamá y me dirijo a la camioneta que casi me deja. Apenas son las ocho de la mañana y parece que el día ha sido eterno. Me siento tan cansada, mi mamá lo describiría como flojera y le culpa al celular, mientras amenaza con quitármelo por las noches. Ya llevamos dos horas de casa en casa y solo quiero irme, pero las Yardas es la mejor forma de comprar cosas en oferta, aunque sean usadas. Cecilia y yo peleamos por todo, pero solo lo hacemos para entretenernos. La quiero mucho, aunque a veces no se note tanto, pero si alguien la insulta que no

sea yo, habrá problemas.

¿Ya te contó papá que vamos a tener un hermanito?
¿Sabes si va a venir a la fiesta? - me pregunta Cecilia.

Sí, pero no estoy de que venga.

So what you piensas? - me pregunta Cecilia.

No hables como payasita, Ceci.

Bueno pues, pero en serio.

No sabía cómo contestar a la pregunta, la noticia no me importaba, pero sí me dolía un poco, porque el bebe nacería el mismo mes de mi cumpleaños, y lo peor de todo es que va a ser un varón. Mi papá siempre quiso tener un hijo. A veces me pregunto, ¿si yo hubiese sido un niño, se hubiera quedado con nosotras, o todo hubiera sido igual?. Pero como dice mi mamá, el hubiera no existe, solo está el presente y el recuerdo del pasado.

¡Ey, contéstame, Marieta Paulina!

Nada, no me importa.

Pero te duele. A mí también me lastima - me confiesa Cecilia.

Nos damos un abrazo, no lloramos ni peleamos, solo compartimos la misma herida.

La siguiente semana es mi "simple" fiesta de cumpleaños y estoy más que lista para despertar un sábado sin tener que limpiar la casa, y poder ser una princesa.

El día de la fiesta

Llegó el momento más esperado, estoy lista para bailar el vals con mi padre, pero él no ha llegado, y no llegará porque la esperanza ha salido por la puerta. Pero mi madre baila conmigo y me sostiene en sus brazos como cuando era una bebé, hace quince años. Y de pronto, sin esperarlo, un sujeto se queda parado en silencio, con lágrimas en los ojos.

**Nota de la autora: La presencia de algún vocabulario considerado spanglish no ha sido por descuido, sino con la intención de reflejar la condición bicultural de los personajes, para ser más fiel a su esencia.*

